

PERSONAJES.

MARGARITA.

INES (doncella de Margarita.)

EL CONDE HERNANDO.

ENRIQUE.

ORDOÑO.

NUÑO.

La escena en México. Año de 1526.

Este drama se representó por primera vez en el Teatro Principal de México, la noche del 6 de Febrero de 1876.



ACTO PRIMERO.

Salon magnífico en casa del Conde, con galería en el fondo.—Mesa con escribanía y recado ée escribir.— Anochece.

ESCENA PRIMERA.

ENRIQUE, NUÑO, en pos de él.

ENRIQUE. ¡Qué tenacidad la tuya!

NUÑO. (*Suplicante*). Mi capitán, en nombre del cielo.....

ENRIQUE. ¿Estás loco?

NUÑO. Volveos.

ENRIQUE. Es empeño original, Nuño. ¡Que no he de ver al conde!

NUÑO. Señor.....

ENRIQUE. Dame al menos una razón.

NUÑO. ¿Una razón? Os la daré, mi capitán, os la daré; pero fuera, no aquí.

ENRIQUE. Y ¿qué hay que pueda impedirme entrar en la casa de mi protector? En

esta casa me he criado, en ella he crecido, Nuño. Lo sabes bien.

NUÑO. Con todo, mi capitán, me atrevo á pedirlos como una gracia que salgais de aquí.

ENRIQUE. Entónces, alguna fatalidad ocurrida en nuestra ausencia.....

NUÑO. No.....

ENRIQUE. El Conde ha muerto....

NUÑO. No.....

ENRIQUE. Espirante tal vez.....

NUÑO. Tampoco.

ENRIQUE. La deshonra acaso ha mancillado sus canas, y no quieres avergonzarme....

NUÑO. ¡Oh! eso ménos, no es eso.

ENRIQUE. *(Cambiando de entonacion, y como cediendo á un recuerdo).* ¿Le diste mi carta á ella?.... Se la diste? Para eso me has llevado un día de delantera.

NUÑO. *(Sin contestar á la pregunta de Enrique, desentendiéndose).* Señor.... pensad en que el señor Conde está enfermo.

ENRIQUE. Su enfermedad es muy antigua.

NUÑO. A pesar de eso, la emocion.... la sorpresa podría causar en él un trastorno grave y.....

ENRIQUE. Eso sí pudiera suceder. Nuño, dices bien.

NUÑO. Me encargo de prepararle, y entónces volvereis.

ENRIQUE. Bueno, ya me alejo; pero no te hagas aguardar mucho tiempo... *(Váse por la galería hácia la izquierda.)*

NUÑO. *(Viendo alejarse á Enrique.)* Al fin... Al fin esto es ganar algo. *(Váse por la galería hácia la derecha.)*

ESCENA II.

EL CONDE, solo.

CONDE. *(Mirando á todos lados).* Pues es curioso.... Juraría que estaban hablando aquí.... Nadie.... No hay nadie. Continuemos, pues, la tarea comenzada. *(Se sienta á escribir.)* Es necesario imponer á la Corte de Madrid, de lo que ocurre en esta desgraciada capital de la Nueva España.... Los desmanes de sus gobernantes no pueden continuar más tiempo.... No.

ESCENA III.

EL CONDE, ORDOÑO.

ORDOÑO. *(En la puerta del fondo.)* Señor Conde.

CONDE. *(Dejando caer la pluma y manifestando sorpresa y placer en su semblante.)* ¡Ah! Esa voz. ¿Será cierto?

- No me atrevo á volver los ojos, por temor de un desengaño.
- ORDOÑO. (*Avanzando algunos pasos.*) Señor...
- CONDE. Sí, no hay duda.... es su voz. ¡Ordoño! (*Levantándose.*) ¡Mi buen Ordoño!
- ORDOÑO. ¡Ah, señor!.....
- CONDE. Ven.... á mis brazos. Abrázame. ¿Por qué no?
- ORDOÑO. (*Abrazando al conde.*) ¡Cuán venturoso soy!
- CONDE. ¿Legaste á Veracruz en la última flota?
- ORDOÑO. Y púseme en camino sin perder tiempo.
- CONDE. Cuánto te lo agradezco.
- ORDOÑO. Era mi deber, señor.
- CONDE. ¡Ah! Y qué falta me has hecho.....
- ORDOÑO. (*Mirando fijamente al conde.*) Así lo considero. Pero, permítame vuestra señoría que le manifieste mi contento... Le hallo muy mejorado.....
- CONDE. (*Con satisfaccion.*) Pues ya lo creo que sí, Ordoño.....
- ORDOÑO. Observo un no sé qué de extraño en vuestra casa: no estaba así, hace dos años, cuando de ella salí.
- CONDE. No por cierto.
- ORDOÑO. He respirado, al atravesar el jardín, perfume de flores.
- CONDE. Sin duda... y cuando tú partiste, hace dos años, no había en sus áridos arriates un solo rosal.

- ORDOÑO. Habeis cambiado el mueblaje y los tapices.
- CONDE. Que eran ántes de color sombrío....
- ORDOÑO. Eso es, señor.
- CONDE. Eso es, Ordoño, que entónces vivía solo, enteramente solo y triste, en esta mansion.... y ahora.....
- ORDOÑO. Y ¿ahora?
- CONDE. Ahora, vivo con un ángel.
- ORDOÑO. ¿Un ángel? No comprendo.
- CONDE. Pues compréndelo, ¡vive Dios! y alégrate, Ordoño, alégrate; porque ese ángel que apénas cuenta diez y ocho primaveras, que conmigo vive, que lo alegra y lo embellece todo con su presencia, es mi dulce compañera.... es mi esposa.
- ORDOÑO. ¿Vos?.... ¿Casado vos, señor Conde! Y de este modo.....
- CONDE. Vamos, y ¿qué te admira? Eso ¿qué tiene de particular?
- ORDOÑO. Nada, es verdad; nada tiene de particular.
- CONDE. Tú no me hablas con franqueza.
- ORDOÑO. Señor.....
- CONDE. Te lo permito: habla.
- ORDOÑO. (*Con solemnidad.*) Si me hubiérais pedido consejo; si ántes de dar ese paso hubiérais oído la voz de vuestro antiguo servidor, yo os hubiera dicho: Señor Conde, mal vive á la sombra

del tronco añosoy sombrío el débil tallo del rosal naciente. Aire, luz, frescura, rocío, busca la flor que va á entreabrir sus hojas á la sonrisa tierna del amor primero . . . En la oscuridad se amarillea, roban las tinieblas el perfume á su cáliz, y bajo la escarcha del invierno, se seca y se marchita doblada.

CONDE. Calla ¡Ay de mí, Ordoño, si eso que estás diciendo es la verdad!

ORDOÑO. Ya lo veis Mejor hubiera hecho en no deciros nada.

CONDE. Oye: hace algun tiempo que partió con numerosas huestes, para el país de Irueras, el Capitan Hernando Cortés, en busca de Cristóbal de Olid, que ingrato, desleal y olvidadizo, alzó pendones contra él. ¿Lo sabías? ¿Supístelo en España? Bien. Pero lo que tú no sabes, lo que tú no podías saber, es el fatal desenlace de aquella triste jornada.

ORDOÑO. Me llenais de curiosidad.

CONDE. Hernando Cortés, víctima de formidable rebellion, pereció allí con todos los suyos.

ORDOÑO. ¡El conquistador ha muerto!

CONDE. Entre los que le acompañaban en aquella malograda expedición, iba Don Lope de Benavides, padre de Margarita

de Margarita, de la que hoy es mi esposa. Dejóla á mi cuidado: dejóla bajo mi amparo. ¡Desventurado Don Lope, y desventurado, más desventurado aún, mi pobre Enrique!

ORDOÑO. ¿Don Enrique tambien?

CONDE. Tambien, Ordoño, pereció allí el hijo mío ¡Ay de mi Enrique!

ORDOÑO. Alentad, señor Conde.

CONDE. Huérfana Margarita, sola en el mundo, herida al mismo tiempo que yo, dejó correr su amargo llanto, al par del mío El lazo del dolor unió su vida á mi vida Uno era nuestro gemido, nuestra plegaria una: una era para entrambos la voz del consuelo. Veía yo á Margarita tan hermosa: me parecía su juventud tan bella: aparecía ante mí, Ordoño, tan fascinadora ¡tanto! como la imagen de esas embriagadoras ilusiones de nuestros primeros años, más llenas de atractivo cuanto más distantes. ¡Tú no has amado, Ordoño!

ORDOÑO. Nunca, es verdad; yo nunca he amado.

CONDE. ¡Ay, desdichado de tí! Bajo una mágica influencia, sentí el calor en mi pecho la luz del día me pareció más clara, más hermosa y la enfermedad que me agobiaba con su peso, huýó lejos de mí.

- ORDOÑO. Y ella
- CONDE. Ella me amó así me lo dijo: así lo dijeron sus labios delante de los altares.
- ORDOÑO. Bien, señor.
- CONDE. Y soy dichoso muy dichoso. Ella vive arrimada á su viejo tronco y bajo la sombra bienhechora de mi amor infinito, aún no ha perdido sus colores, aún conserva su lozanía y su frescura. ¡Margarita! (*Llamando.*)
- ORDOÑO. Señor, ocupada tal vez
- CONDE. No. ¡Margarita! (*Llamando.*)

ESCENA IV.

DICHOS, MARGARITA.

- MARGARITA. Hernando, ¿me llamabas?
- CONDE. Sí, hija mía, sí: te llamaba. Quería que Ordoño te conociese. Tú ¿no conoces á Ordoño?
- ORDOÑO. (*Saludando.*) Señora
- MARGARITA. Sí, le conocía. Ya os conocía yo, señor Ordoño El Conde me ha hablado tanto de vos
- CONDE. Oyelo Ya lo estás oyendo Le he hablado tanto de tí, que ya no le eras desconocido. Margarita sabe que un mismo seno nos dió alimento: sabe que juntos crecimos, y que por el sendero de la vida, apoyado en tu brazo,

- hemos hecho juntos el camino. El también sabe ya que tú eres, Margarita, un ángel de bondad: sabe que tú, y el recuerdo de mi Enrique, sois los dos únicos amores de mi vida vida que, sin tí, hubiera terminado ya.
- MARGARITA. Exageras, Hernando, cuando hablas de ese modo. Tú nada me debes, yo nada te debo, porque he pagado tu cariño con otro igual.
- CONDE. Muy bien dicho muy bien. Dame á besar tu frente, Margarita. (*A Ordoño.*) Es el beso de un hombre ya casi viejo: pero no es mi labio el que toca su frente es mi alma, siempre jóven para ella ¿Qué rumor es ese? (*Se oyen vivas y rumores del pueblo.*)
- VOCES DENT. ¡Viva Hernando Cortés!
- MARGARITA. ¿Qué dicen?
- VOCES. ¡Viva el Conquistador!
- CONDE. ¿Qué están diciendo!
- MARGARITA. ¡Dios mío!
- ORDOÑO. (*Que vuelve del balcon, adonde se ha acercado para oír mejor.*) ¡Viva, viva Hernando Cortés! aclama el pueblo. (*Continúan los rumores.*)
- CONDE. (*Con suma agitacion.*) ¿No es ilusion de mis oídos? ¿Eso dicen, Ordoño? ¡Ay! Si eso dicen, sígueme. Margarita, mi espada y mi sombrero. (*Se pone*

ámbas cosas.) Vamos, Ordoño, vamos.
O ese pueblo está loco, ó Dios ha oído
mi ruego.

ESCENA V.

MARGARITA, INES.

(Los rumores del pueblo se repiten conforme lo indique
el diálogo.)

MARGARITA. (*Llamando.*) ¡Inés!

INES. (*Que sale agitada.*) ¿Habeis oído?

MARGARITA. Sí, Inés, sí tal; pero eso es mentira,
no lo creas.... Apellidan esas voces
al Conquistador, y el Conquistador
ha muerto.

INES. Quién sabe.

MARGARITA. ¿Tú lo dudas? ¡Ay! La verdad es que
yo tambien lo estoy dudando.... Si
Cortés vive.....

INES. Entónces, señora.....

MARGARITA. Entónces, Enrique tambien vive, y yo
no quiero que viva! ¡Dios mío! ¿Qué
estoy diciendo? ¡No querer que viva
Enrique!.....

INES. Señora, pero si él viene.....

MARGARITA. Si él viene, Inés.... Es verdad, ¿qué
va á ser de mí? ¡Me había yo acostum-
brado tanto á amarle muerto! ¡Era, ay
Dios, ese amor tan puro, tan inocen-
te! Pero el cielo no ha de querer, Inés,

causarme un tormento tan horrible.
¿No te lo imaginas? Oye.... el rumor
del pueblo acrece de nuevo, y brama
como la tormenta desencadenada....
Oigo pasos.... ¿Quién?.... ¡Ah! Je-
sus, Jesus me valga!... ¡Nuño! (*Vien-
do aparecer á Nuño que se detiene
á algunos pasos de Margarita.*)

ESCENA VI.

Dichas, NUÑO.

NUÑO. Señora.....

MARGARITA. ¡Nuño! ¿No estoy soñando? Habla.

NUÑO. Señora, es la verdad.... Yo soy el
mismo, y él.....

MARGARITA. Y ¿él?.... Acaba.

NUÑO. Vive.

MARGARITA. ¡Vive! ¡Enrique vive! ¡Ah! Que no ven-
ga.... Que no venga.... Que huya
léjos de mí.

NUÑO. He intentado alejarle, señora; pero en
vano.

MARGARITA. Y bien: ¿cuándo te has visto? ¿Está co-
mo siempre?.... ¿No viene herido?
Pero ¡ay! que esto es locura.... ¿Qué
me importa él á mí? No sé qué sien-
to.....

ENRIQUE. (*Dentro.*) Nuño!

MARGARITA. Esa voz.... es su voz.... Quisiera
huir; pero no puedo,.... mi planta se

niega... me es imposible moverme...
ENRIQUE. (*Dentro, más cerca.*) ¡Nuño! (*Llamando.*)

MARGARITA. Por compasión... sacadme de aquí vosotros!.. arrastradme aunque sea..
¡Ah! Enrique. (*Haciendo un supremo esfuerzo, y después de una rápida vacilación entre huir ó adelantar hacia Enrique, se arroja en brazos de éste que la recibe con indecible placer.*)

ENRIQUE. ¡Margarita! (*Se abrazan. En este momento aparecen el Conde y Ordoño.*)

ESCENA VII.

Dichos, el CONDE, ORDOÑO.

CONDE. (*Mirando á Enrique y Margarita, y extendiendo el brazo hacia ellos.*)
Mira, Ordoño, míralos en estrecho abrazo.

ENRIQUE. (*Turbado.*) Señor Conde. Padre mío.
(*Abraza al Conde.*)

CONDE. ¡Qué felicidad! ¡Qué suprema felicidad!
¡Cuánta ventura! ¿No te alegras como yo, Margarita? Míralo, mira á mi Enrique... ¿Por qué bajas la frente y te turbas?... ¡Ah, necio de mí! Ya lo comprendo... Porque os he sorprendido, ¿no es verdad? ¿Os conocíais?

Vamos; pues abrazaos de nuevo....
Abraza á mi esposa, Enrique.

ENRIQUE. (*Llevando la mano á la empuñadura de su espada, y con acento ensordecido por los celos.*) ¿A vuestra esposa, señor? ¿A vuestra esposa habeis dicho! (*¡Margarita!.....*)

CONDE. (¿Qué es esto?) Sí, hijo mío, sí,..... pero tu semblante trasformado me confunde, y tú vacilas.... já, já, já, como tú, Ordoño.... já, já, já, como tú, Enrique se sorprende de que me haya casado.... Vamos, reponeos... Voy á escribir en este pergamino, (*dirigiéndose á la mesa*) mis felicitaciones á mi amigo Gonzalo de Sandoval. (*¡Dios mío.... Dios mío!*)

ENRIQUE. (*Acercándose á Margarita.*) Margarita, necesito hablaros.

MARGARITA. No.....

CONDE. (*Aparte.*) (Algo se dicen.)

ENRIQUE. Hoy mismo.

MARGARITA. No.

ENRIQUE. Dentro de una hora.

MARGARITA. Nunca.

CONDE. (*Enrollando un pequeño pergamino y dándoselo á Nuño.*) Ea, lleva esta misiva, Nuño.

NUÑO. Bien, señor. (*Váse.*)

CONDE. Tú, Enrique, abrázame otra vez....

- Soy feliz, completamente feliz... ¡Ah!
Oyé... (Suena un clarín.)
- ENRIQUE. El deber me llama.
- CONDE. ¿Volverás?
- ENRIQUE. Presto vuelvo.
- MARGARITA. Esperad, caballero; mi padre partió con vos á las Ibueras: ¿qué es de mi padre?
- ENRIQUE. Vuestro padre..., señora, murió.
- MARGARITA. ¡Ah! (El Conde se dirige á Margarita; pero se detiene bruscamente.) ¡Padre mío!

ESCENA VIII.

EL CONDE, ORDOÑO, MARGARITA, INES.

- CONDE. Inés, haz que preparen habitación á Enrique para cuando retorne. Acompaña á Margarita.
- MARGARITA. Sí, Inés... (La vida se me acaba. ¿Hay más desdichas, Dios mío?) (Vánse.)
- CONDE. (Tomando de un brazo á Ordoño, y llevándolo al medio del salón.) Ya lo viste, Ordoño. Ya lo viste.... ¡Se conocían, se conocían.... y.... sospecho que se aman!

FIN DEL ACTO PRIMERO.



ACTO SEGUNDO.

Jardin alumbrado por la luz de la luna.—Puertas laterales con gradas.—En el fondo, una gran verja de hierro.—Bancos, árboles, etc.

ESCENA PRIMERA.

NUÑO, INES.

- NUÑO. Debió esperar más tiempo.
- INES. Esperó.
- NUÑO. No, por mi vida.
- INES. Creyó que no volvería.
- NUÑO. Amor se nutre de ausencia, sí... y al fin hubiera alcanzado el premio. ¡Ay quién de mujeres fía....!
- INES. Quisolo así el destino.
- NUÑO. Es culpable, Inés.
- INES. Culpable no, desventurada. Mas ¿qué pudo dar origen á esa fatal noticia?
- NUÑO. Muy sencillo es por cierto.
- INES. No alcanzo á comprenderlo.
- NUÑO. Lo vas á comprender.—Gonzalo de

T. II.—3.